

... y cada cosa su tiempo bajo el cielo

DANIEL SANESTEBAN

LA paz se parece a los pobres, todo el mundo habla bien de ellos pero casi nadie los quiere. Los pacifistas son unos señores que dicen anteponer la paz a cualquier otro bien, pero yo ví, un día, como unos cuantos tiraban huevos podridos a unos soldados que estaban de centinelas y que, realmente, lo único que querían era terminar su guardia "en paz".

El lugar que ocupa la paz en el corazón de cualquier hombre o mujer no es demasiado destacado, y es lógico que así sea. Es fácil realizar la siguiente prueba. Se reúne un grupo de amigos y amigas, se facilita a cada uno papel y lápiz y después se les pide que pongan por orden de preferencia, según sus criterios personales, los siguientes valores: paz, amor, libertad, justicia, seguridad, virtud, creencias... Si alguno de ellos encabeza su lista con la palabra paz, probablemente está mintiendo. Si añadimos a la lista los bienes materiales puede ocurrir que alguno, o alguna, pongan la paz por delante, pero si al salir a la calle ve que tratan de robarle su coche seguro que pelea para impedirlo y, al fin y al cabo, es un bien superfluo sin el cual podemos vivir perfectamente e incluso más tiempo.

Creo que cualquiera daría el dedo meñique a cambio de la paz en la antigua Yugoslavia. Si nos pidieran la mano derecha me temo que la decisión ya no sería tan unánime, aunque sea doloroso reconocerlo. Y la pregunta del millón ¿cuántos pacifistas estarían dispuestos a dar su vida a cambio de la paz en Yu-

goslavia? Porque ese es el meollo de la cuestión. No vale decir: "yo, como soy pacifista, no peleo con nadie". Aunque eso fuera verdad, que casi nunca lo es, no bastaría. La pregunta es: ¿si de verdad amas la paz que estás dispuesto a dar por ella? ¿tu dinero, tu trabajo, tu vida? El pacifista que a lo único que aspira es a vivir tranquilo lo que ama no es la paz, es su propio bienestar, su comodidad. No es un pacifista, es un burgués, en la peor acepción de la palabra, en esa que no figura en el diccionario. El ideario de la mayor parte de los pacifistas que conocí se reducía a tres ideas simples: no hacer la "mili", que se redujeran los gastos de Defensa y que se marchasen los americanos. Sin pensar que la guerra es más antigua que el servicio militar obligatorio; que bien a través de la bolsa de los señores feudales o bien a través de las arcas de los reyes, la guerra siempre la pagaron los mismos; y que el peligro para Europa nunca vino del oeste. Creo que algunos también hablaban de salvar a las ballenas, aunque puede que me equivoque.

Al llegar aquí tengo que hacer un inciso para decir que admiro a los pacíficos (no a los pacifistas) y repudio a los violentos, pero pienso que hay bienes de tal trascendencia para el ser humano, que hay que luchar por ellos. Si no me equivoco los pacifistas anteponen la paz a cualquier otro bien, al menos en teoría, y su proyecto no me gusta, creo que confunde la paz con la quietud.

Una de las características de la paz es la ausencia de actos violentos, al menos frecuentes y graves, pero esta señal de identidad no basta para definir a la paz, es necesaria pero no suficiente. Conformarnos con la ausencia de actos violentos para definir a la paz sería tanto como aceptar que una economía es boyante porque no hay inflación. ¡Claro, tampoco los nuestros tienen fiebre! Cuando cesa toda actividad económica, no hay inflación. Llevando al extremo esta identidad de la paz con la quietud podríamos llegar a la fúnebre conclusión de que la zona residencial más pacífica de Madrid es el Cementerio de la Almudena. Y, sin ser extremistas, que la isla de Alcatraz, en sus "buenos tiempos", era una isla paradisíaca.

Los actos de violencia pueden ser condenables o no serlo en función del daño causado y del fin perseguido. Darle un azote a un niño es un acto violento, pero, a veces, puede ser equitativo, justo y saludable, como dice el canon de la misa. Las situaciones de violencia siempre son condenables. La esclavitud, la explotación económica, el proxenetismo, el tráfico de drogas, la desinformación sistemática, toda tiranía crea situaciones de violencia, aunque puede ocurrir, en algunos casos, que, en dichas situaciones, los actos de violencia no sean muy numerosos. Los actos de violencia pueden ser injustos o no serlo. Las situaciones de violencia siempre son injustas. Y, con frecuencia, es inevitable que para erradicar situaciones de

violencia haya que realizar acciones violentas.

Durante siglos el concepto de paz se limitaba, casi exclusivamente, a la ausencia de guerra, a la no existencia de un conflicto armado entre dos o más naciones. Los derechos de la mayoría de los seres humanos no se consideraban un asunto importante, es más, eran mayoría las personas que carecían de todo derecho puesto que carecían del más elemental, el derecho a la vida. Los prisioneros de guerra, los esclavos, los siervos, los herejes, los de otros colores... Realmente, no es que carecieran de derechos, es que no tenían la consideración de seres humanos. Como es notorio, fueron dos españoles, ambos frailes, Francisco de Vitoria y Francisco Suarez, dominico y jesuita, respectivamente, los primeros en dar forma jurídica a la idea, entonces revolucionaria y peregrina (siglo XVI) de que todos los hombres son hombres. Esta idea, que nos parece tan elemental, no se abrió paso fácilmente. Leí, esta mañana, que la primera vez que ante un tribunal de Nueva York se defendió a una niña, víctima de malos tratos, fue en 1874 (ya llevaba Francisco de Vitoria trescientos años muerto) y por esas fechas había, al menos en la ciudad de Nueva York, leyes para defender a los perros, pero no a los niños. Y fue la sociedad americana para la prevención de la crueldad hacia los animales la que se hizo cargo de la defensa y ganó el caso argumentando que "puesto que Mary Ellen Wilson formaba parte del reino animal merecía, al menos, tanta protección como un perro común". Ahora parece claro que si Francisco de Vitoria y Francisco Suarez tenían razón, la paz tiene que estar subordinada a otros principios y que conviene saber distinguirla de sus sucedáneos.

La paz es un compuesto. Los simples que la componen son justicia, libertad y seguridad. Si alguno de estos escasea el resultado es una paz rabcorta y alicaída, y si cualquiera de ellos falta, el compuesto

no existe por mucho que se maquille el espantajo resultante. Sin la presencia de azufre, oxígeno e hidrógeno, en las proporciones adecuadas, nunca tendremos ácido sulfúrico.

Leo y oigo, a veces, que la situación actual en los territorios de la antigua URSS y de la antigua Yugoslavia es peor que la que tenían hace algunos años, porque antes estaban en paz y ahora están en guerra. Creo que esta afirmación no es exacta. ¿No sería más acertado pensar que son dos fases distintas de la misma guerra que se suceden inevitablemente igual que la mariposa a la crisálida porque no son sino dos etapas diferenciadas de la vida del mismo bicho? Fases sucesivas de una



guerra ya larga, que empezó en 1917 para los rusos y dos años después para el mosaico de pueblos que componían Yugoslavia. Durante la era Stalin fueron exterminadas en la URSS cincuenta y nueve millones de personas. (Si el elevado coste en vidas humanas es la principal característica de las guerras no cabe duda que la época de Stalin fue la guerra más cruenta que ha padecido el conglomerado de naciones que formaban la URSS, desde los tiempos de Gengis Khan). Las víctimas fueron seres humanos que no vestían uniforme, no defen-

dían un territorio ni enarbolaban una bandera, solo defendían su derecho a la vida y enarbolaban, tal vez, alguna idea poco ortodoxa según el credo comunista, pero ¿el hecho de que su muerte no fuera provocada por armas de guerra resta valor a su sacrificio? ¿Los hombres que, hace un par de siglos, nacían esclavos y morían esclavos no vivían en permanente estado de guerra? ¿y los que están ahora en la misma situación, aunque sea de tapadillo? ¿Y los niños que en algunas ciudades de Iberoamérica son perseguidos y cazados como alimañas?

Existe una deformación muy extendida en el mundo occidental que consiste en reservar el apelativo de guerra para el ajetreo bélico de los hombres uniformados y considerar a éstos como el enemigo público número uno de la bendita paz, que es el mayor de los bienes. La verdad es que nadie ignora que hay muchas formas de guerra que no tienen nada que ver con los cañones, los submarinos nucleares ni los grandes bombarderos; que, con mayor frecuencia de la deseable, los hombres uniformados pagan la paz con su vida, y que existen bienes de mayor rango que la paz por los que la Humanidad siempre ha luchado. Con el correr de los siglos, y a pesar de algún traspiés que otro, el Mundo es un lugar cada vez más justo, más libre, en el

que se vive mejor, pero no más pacífico, lo cual demuestra que el hombre antepone la consecución de otros bienes, a la paz. Hay algunos que piensan que antes, hace siglos, se vivía mejor, pero lo piensan desde aquí, desde esta orilla del siglo XXI. Salvo "la erótica del poder", de la que no disfrutamos, cualquiera de los lectores de esta Revista vive en mejores condiciones que un rey del siglo XV. Vivimos mejor alimentados, más sanos, mejor vestidos, más divertidos, más instruidos y, sobre todo, más limpios

(cuentan que el Rey Sol sólo se bañó dos veces en su vida, ambas por prescripción facultativa) y, además, vivimos más tiempo. (Isabel I murió a los 53 años; Felipe el Hermoso a los 28 años; Carlos I a los 58 años; Felipe III a los 43; Felipe IV a los 60; Carlos II a los 39; Fernando VI a los 46; Alfonso XII a los 28 años). No ignoro que tres quintas partes de la Humanidad viven aún en el siglo XV, o más atrás, pero si somos optimistas, tenemos que pensar que las dos quintas partes que van subidas en la locomotora serán capaces de sacar de la Prehistoria hasta al furgón de cola.

De la misma forma que en la Naturaleza no encontramos ácido sulfúrico, y que si lo queremos obtener tenemos que conseguir, previamente, azufre, oxígeno e hidrógeno, tampoco encontramos paz. Los que la buscan en estado puro se engañan a sí mismos o nos engañan a nosotros. La paz es una consecuencia, o como escribí antes, un compuesto. Se nos da por añadidura. Y los caminos para encontrar la justicia, la libertad y la seguridad para un pueblo, a veces son llanos y otras empinados. Con frecuencia hay que abrirlos a golpe de machete, como una trocha en la selva, y permanecer vigilantes para que no se tupan. Es verdad que no todas las guerras se han hecho para liberar a los pueblos, muchas batallas se dieron también para oprimirlos. La clave está en los hombres, especialmente en los que tienen las responsabilidades del gobierno de las naciones, ellos tienen que poner especial cuidado en elegir la buena carta y saber jugarla. Quiero decir que cruzarse de brazos no es, por principio, mejor que pelear. Dijo Goethe: "en el fondo de la no acción reside, a veces, la esencia del acto". Cruzarse de brazos, según en qué circunstancias, puede ser un crimen. Cada uno de nosotros, y el conjunto de todos al que llamamos nación, debemos tener claro cuando es el tiempo de pelear. Lo dice el Eclesiastés: "Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo: su tiempo el nacer, y su tiempo el morir; su tiempo el sembrar, y su tiempo el recoger; su tiempo el llorar, y su tiempo el reír;... su tiempo la guerra, y su tiempo la paz".

Ahora, en este momento en que escribo, un puñado de militares español-

les saben que, por fidelidad al compromiso adquirido con España, ha llegado para ellos el tiempo de pelear y para algunos el tiempo de morir. Arriesgan su vida para tratar de conservar las vidas de otros, de personas desconocidas, de ancianos, de mujeres, de niños a los que nunca habían visto y a los que no entienden cuando les hablan, pero que representan a todos los niños del mundo, desvalidos, maltratados, hambrientos, perdidos y asustados. Si con su sacrificio sólo hubieran conseguido salvar la vida de

uno de esos seres indefensos, de una nada más, ya habrían hecho más por la paz que todos los pacifistas del Mundo con sus discursos, sus pancartas y sus canciones. Los soldados casi nunca tienen tiempo de hablar de paz, es probable que no sean capaces de definirla ni les importe su definición, pero la han visto cara a cara muchas veces, tiene los ojos de aquel hombre, de aquella mujer, de aquel niño que los miró agradecidos cuando lo pusieron a salvo. Una mirada difícil de olvidar ■

CREDITO HIPOTECARIO BBV



Compre ahora su vivienda en las mejores condiciones.

Disfrute de las **ventajas especiales** que el BBV ofrece a los afiliados al ISFAS.



Llámenos al 900 - 11 22 33* y le informaremos con todo detalle.

* Llamada gratuita. Todos los días de 9 a 20 horas.



BANCO BILBAO VIZCAYA